

*Muerte de Carlos IX (1574).* Meaux, Orleans, Troyes, Bourges, Angers, Tolosa, Rouen y Lyon tuvieron tambien sus dramas sangrientos. Roma, mal informada, se regocijó de ellos; pero Carlos IX, avergonzado de todas las maldades en que la política odiosa de su madre le habia hecho consentir, murió de consuncion acosado por los mas terribles remordimientos. Su muerte fue tan cruel que algunos le creyeron envenenado; pero la mayor parte solo vieron en ella una venganza del cielo.

*Carácter de Enrique III (1574-1576).* Enrique III, que reinaba en Polonia adonde habia sido llamado despues de las victorias de Jarnac y de Montecontour, se evadió de Cracovia, como un prisionero, y se apresuró á venir á recoger la corona de Francia que su hermano le dejaba. Pero viviendo en medio de sus queridas, dejando todo el poder á su madre, dió en aquellos tiempos embarazosos el triste ejemplo de un rey holgazán. Ya los católicos moderados, indignados contra el gobierno de Catalina de Médicis, habian formado un partido bajo la direccion del duque de Alençon, hermano del rey, y tomado el nombre de *descontentos*. Se unieron al rey de Navarra y al principe de Condé, hijo del que murió en Jarnac, y renovaron las hostilidades. Enrique de Guisa alcanzó contra ellos una victoria en Chateau-Thierry donde fue herido, lo que le hizo apellidar *el Acuchillado*. Pero Enrique III, intimidado por los socorros que los rebeldes sacaban de la Alemania, tuvo la debilidad de acordarles la paz en Blois, y hacerles todas las concesiones que exigieron.

*Formacion de la Liga (1577).* Los católicos, asustados por esta excesiva pusilanimidad, comenzaron á temer por su fe y el honor de la nacion. Circularon por todas las ciudades fórmulas de protestas, y se adoptó generalmente la que fue redactada en Perona. Por ella se comprometian, en nombre de la Santísima Trinidad, á emplear sus bienes y personas para defender la fe contra los enemigos interiores y exteriores. Los Guisas llegaron á ser el alma de esta formidable asociacion que tomó el nombre de *Liga*.

## § II. Desde la formacion de la Liga hasta la abjuracion de Enrique IV (1577-1593.)

*Esperanzas del duque de Guisa (1577-1584).* La corte se asustó al principio; pero la política de Catalina trastornó de repente todas las ambiciones, aconsejando al rey que se declarase gefe de los partidarios de la Liga y revocase el edicto de Blois. Pero la muerte del duque de Anjou cambió enteramente el aspecto de los negocios (1584). Enrique III no tenia hijos, y el trono pertenecia naturalmente al rey de Navarra Enrique de Borbon. Como era hereje, los católicos juraron que no le reconocieran jamás. Todos tenian la vista fija en los duques de Lorena; decíase que eran los verdaderos descendientes de Carlo Magno, y el cetro brilló á los ojos de los Guisas como una esperanza.

*Batalla de Coutras (1587).* Habiendo declarado el soberano pontífice á Enrique de Navarra y en general á todo principe hereje inhábil para reinar en Francia, la Liga se autorizó con esta decision, y llegó á ser una cruzada católica. Esta se unió por interés á Felipe II, y decretó que si Enrique III moria sin hijos, el cardenal de Borbon heredaría la corona. El rey, no sabiendo qué hacer, vaciló al pronto entre los dos partidos, despues se decidió por la Liga, y por consejo de su madre la hizo declarar *patriótica y santa* (1585). Entonces principió la guerra. Como Enrique de Navarra mandaba á los protestantes, Enrique III á los cortesanos, y Enrique de Guisa á los partidarios de la Liga, se la llamó *la guerra de los tres Enriques*. Enrique III no experimentó mas que reveses. Sus tropas, enervadas por el lujo y la molicie, huyeron constantemente del rey de Navarra, y se dejaron batir completamente en Coutras (1587).

*Triunfo del duque de Guisa (1587).* El duque de Guisa, por el contrario, alcanzó dos brillantes victorias en Vimori y en Auneau contra una division de Alemanes que se adelantaba para socorrer á los calvinistas. Sus triunfos exaltaron al pue-



blo, y fue recibido triunfalmente en París. *Saúl mató mil*, repetía la multitud trasportada, y *David diez mil*. Y el de nacimiento débil Enrique III devoraba en silencio estas afrentas.

*Las Barricadas* (1588). Pero los partidarios de la Liga no se contentaron con humillar al rey, y una facción terrible que se habia formado en su seno quiso destronarle. Llamábase la facción de los *Diez y seis*, porque dominaba en los diez y seis barrios de París, y hacia dos años que sus enojos se aumentaban sin cesar. En los púlpitos de las iglesias se pronunciaban discursos sediciosos, los libros de los doctores encerraban doctrinas revolucionarias, y los Diez y seis proclamaban que debían separarse del rey tan pronto como se mostrase infiel á la Iglesia. El duque de Guisa se trasladó á París á la voz de estos facciosos. La multitud le acogió con aclamaciones, y fué á presentarse al rey, que no le dirigió sino palabras llenas de temor y de indignación. Entonces el pueblo se amotinó, todo París se cubrió de *barricadas*, se cerraron las calles, se fortificaron las casas, y los soldados del rey, rodeados por todas partes, no se salvaban sino gritando *¡Católicos!* y enseñando su rosario. El mismo Enrique III huyó á Chartres; Guisa quedó solo en París y se puso á distribuir los empleos, como si ya no hubiese mas rey que él.

*Estados de Blois. Asesinato de los Guisas* (1588). Las negociaciones principiaron entre Enrique III y el jefe de la Liga. Siendo el duque de Guisa dueño de París y contando con la alianza de Felipe II, dictó á su soberano las condiciones de la paz, como un vencedor. Enrique aprobó todo lo que habia hecho, le confirió el título de generalísimo de sus ejércitos, y convocó los Estados de Blois. Esta asamblea, dirigida por el duque de Guisa, pareció empeñarse en destruir la autoridad del rey. El desgraciado príncipe, hostigado hasta el extremo, resolvió deshacerse de sus dueños por medio de un vil asesinato. Eligióse el momento en que el duque de Guisa iba al consejo para darle de puñaladas. Al día siguiente su hermano el cardenal espiró igualmente á manos de un asesino. Catalina de Médicis murió doce días despues.

*Sitio de París. Asesinato de Enrique III* (1589). La Liga, privada de sus dos gefes, nombró á su hermano el duque de Mayena teniente general del reino, y declaró á Enrique III destronado como asesino y perjuro. El papa le excomulgó, todos los doctores de la Sorbona decidieron que ya no se le debía obedecer, los Diez y seis encarcelaron á todos los que creyeron afectos á la monarquía, las iglesias fueron enlutadas, y los predicadores declamaron contra el *nuevo Herodes*. El desgraciado monarca, abandonado de todos y privado de los consejos de su madre, se dirigió al rey de Navarra, unió sus tropas á las suyas, y vino con él á poner sitio á París.

En este momento, un pobre religioso llamado Jaime Clement, enardecido por las declamaciones que resonaban perpetuamente en sus oídos, se creyó inspirado del cielo para librar á la Francia del que llamaban tirano. Fué pues á San Cloud y ejecutó su abominable designio. Los Diez y seis estaban tan enfurecidos y apasionados, que no se avergonzaron de elogiar la muerte de este fanático como un martirio, ni de ensalzar la dicha de la que le habia dado á luz.

*Triunfos de Enrique IV* (1589-1593). El nacimiento daba al rey de Navarra derechos incontestables á la corona; pero el pueblo tenia entonces una fe demasiado ardiente para obedecer, como decia, á un rey hugonote. Despues de la muerte de Enrique III se vió obligado á levantar el sitio de París. El duque de Mayena le persiguió, anunciando de antemano que le traeria *atado de piés y manos*. Le alcanzó cerca de Arques, pero fue vencido aunque con fuerzas diez veces superiores á las de su rival. El año siguiente, el Bearnés obtuvo otra victoria en las llanuras de Ivry (1590). Este triunfo aumentó considerablemente su ejército. Bloqueó á París, y lo hubiera tomado por hambre, si no se hubiese compadecido de sus desgraciados súbditos. Decia muchas veces: *No quiero reinar sobre muertos*. Y añadía: *Me parezco á la verdadera madre de Salomon; preferiría no poseer á París que poseerlo en pedazos*. Al fin el príncipe de Parma le obligó á levantar el sitio.

*Su abjuracion* (1593). La situación del rey de Navarra llegó



á ser muy crítica. Sitió á Rouen, y se vió obligado á retirarse delante de los Españoles. Por otra parte, habia grandes desórdenes entre los partidarios de la Liga. Los Diez y seis estaban por Felipe II; Mayena descubrió su desiguio sin ningun provecho para sí propio. Entonces los católicos moderados tuvieron con Enrique IV una conferencia en Surènes. Dios tocó el corazon del monarca, que abrió los ojos á la luz, é hizo su abjuracion en la iglesia de San Dionisio en manos del arzobispo de Bourges. Este acto fue el golpe mortal de la Liga.

§ III. Desde la abjuracion de Enrique IV hasta el ministerio de Richelieu (1593-1624.)

*Ruina de la Liga (1593-1598).* Cuando se supo la abjuracion del rey, los partidarios de la Liga ya no fueron mirados sino como ambiciosos, y perdieron poco á poco toda su consideracion y crédito. El 22 de marzo de 1594, Enrique IV entró en su capital por la puerta de San Dionisio en medio de una poblacion ébria de gozo al verle. Clemente VIII, que al principio se habia negado á creer en la sinceridad de su conversion, se dejó vencer y consintió en absolverle (1593). Todos los que se obstinaron en la resistencia fueron vencidos por la habilidad de las negociaciones ó por la fuerza de las armas. La Normandía, la Champaña y la Borgoña se sometieron y el mismo Mayena se reconcilió con el rey (1593). Se compró la fidelidad de las provincias del Mediodia, y la rebelion fue ahogada en la Bretaña, su último refugio (1598).

*Paz de Vervins (1598).* Durante este tiempo Enrique IV acosaba con vigor á los Españoles. Les hizo experimentar una sangrienta derrota en Fontaine-Française (1595), volvió á tomar á Amiens, de cuya ciudad se habian apoderado por sorpresa, y concluyó con ellos la paz de Vervins. Esta puso un término á aquellas luchas intestinas que hacia cuarenta años asolaban la Francia.

*Edicto de Nantes.* Un mes antes calmó y satisfizo á los pro-

testantes por medio de la promulgacion del *edicto de Nantes*. Este edicto les concedia no solamente la libertad de su culto y el derecho de admision á todos los empleos civiles y militares, sino tambien el permiso de celebrar asambleas generales, de imponerse contribuciones para su culto y conservar plazas de seguridad. Esto era crear un Estado en el Estado, y dejar subsistir una especie de república en frente del trono. Enrique IV no comprendió todo el peligro de sus concesiones, pero mas tarde llegó á ser manifiesto.

*Prosperidad de la Francia (1598-1610).* Sea lo que fuere, la Francia gozó por entonces de la tranquilidad mas profunda, y la prudente administracion del rey, aconsejado por Sully, cerró muy pronto todas las llagas que la guerra habia hecho á la nacion. Hubo tanto orden en las rentas, que se disminuyeron cuatro millones de la carga de las tallas ó tributos, y sin embargo se encontró medio para pagar cien millones de deuda y comprar propiedades por mas de cincuenta millones. Todas las plazas fueron reparadas, los almacenes y arsenales provistos, y los caminos conservados en buen estado. Se reformó la justicia, y la usura y todas las exacciones injustas fueron reprimidas; la agricultura fue honrada por los desvelos de Sully; y Enrique, á pesar de su ministro, favoreció la industria y engrandeció el comercio. Se le deben los gusanos de seda y la cultura de los morales en Provenza. Hizo excavar el canal de Briare que une al Sena con el Loira, aumentó y embelleció á Paris, aumentó á San German, Monceaux, Fontainebleau y el Louvre, y fundó la biblioteca real. « Cuando Don Pedro de Toledo fue enviado por Felipe III como embajador cerca de Enrique, no conoció aquella ciudad, que él habia visto en otro tiempo tan desgraciada y lánguida: *Es que entonces el padre de familia no estaba aquí, le dijo Enrique, y hoy que tiene cuidado de sus hijos, prosperan.* »

*Proyectos de Enrique IV.* Despues de haber reconciliado á Venecia con la Santa Sede, y á la España con las Provincias Unidas, este gran príncipe concibió el plan gigantesco de humillar á la casa de Austria, y de establecer en toda la Europa una paz perpetua, por medio de un tribunal supremo que ten-